

ENTRE BECAS, SEMINARIOS Y... ALGO MÁS

*Para José Guadalupe Victoria
In Memoriam*

Llegar a ser investigador en cualquier campo del conocimiento no es empresa fácil, menos aún si se pretende serlo en la institución de más alto prestigio del país, o sea la Universidad Nacional Autónoma de México y, a los veintitantos años, se antoja una meta quizá demasiado alta, como la vislumbraba yo al concluir mi Licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras.

Habría, sin embargo, caminos que, con o sin tropiezos, podrían llevarme a esa apreciada meta: eso al menos pensaba yo entre la ingenuidad, el miedo y la voluntad de alcanzarla. Tal vez no estaba tan equivocada porque, cuando todavía estaba en proceso de elaboración de mi tesis de Licenciatura, bajo la asesoría del Mtro. Jorge Alberto Manrique, se abrieron convocatorias para optar por una beca en el Instituto de Investigaciones Estéticas.

Ése fue mi primer contacto formal con la dependencia y mi primer acercamiento a la investigación. Al obtener la beca no sólo adquirí el compromiso de terminar mi tesis, sino que tenía que realizar, además, trabajos para el Instituto y sus investigadores. La Dra. Elisa Vargaslugo, solía calificar esa etapa de formación como “noviciado”, y lo era, no sólo porque los becarios nos constituyéramos como los encargados de llevar a cabo la “obra negra” de una investigación, sino porque esa etapa consolidaba tanto las vocaciones como la formación.

Con los años he llegado a comprobar que entre los caminos que pueden recorrerse para llegar a la investigación, el más seguro y el más completo desde el punto de vista académico es, sin duda, el de la beca.

Pero ese “noviciado”, que implicó una aventura en la cual no se sabía cuántas sorpresas y dificultades me depararía, tuve la suerte de compartirlo con cuatro compañeros más que hicieron de esa aventura una verdadera lección de compañerismo y solidaridad. Ellos fueron Gustavo Curiel, Elena Zea, Milagros Pichardo y José Guadalupe Victoria.

A José lo había conocido poco antes en la Biblioteca del que ya llamábamos “nuestro Instituto”. No había conversado mucho con él, pero desde el principio me había asombrado su erudición y su juvenil y vigorosa simpatía. Recuerdo que en una de nuestras pláticas me comentó que estaba escribiendo

do un artículo para la *Revista Artes de México* (en su primera época). Le pregunté “¿y no te da miedo?” José sonrió y me repuso: “si otros escriben, ¿por qué yo no?” Aquella sarcástica respuesta, que podría parecer sólo la insolencia de un joven, imprimió en mí (también joven, pero miedosa y tímida) una insospechada seguridad. Fue como un rápido curso de afirmación del valor de nuestros propios conocimientos y de nuestras propias capacidades.

En esa época, casi sin conocerme pero tal vez confiado en mi asiduidad a la biblioteca, me ofreció dejarme un curso que impartía en un Instituto de Enseñanza Superior. Igualmente sorprendida, acepté: ése fue mi primer trabajo como historiadora.

Como José era el “erudito” entre los cinco becarios, pronto se convirtió en nuestro *leader*. Él organizaba los equipos de trabajo para realizar la *Guía de la ciudad de México*, que entonces preparaba el Instituto bajo la coordinación de su director, el Mtro. Jorge Alberto Manrique; él nos acompañaba a los monumentos para realizar el “trabajo de campo”; él nos daba la bibliografía y, para atenuar “las vergüenzas” que podríamos pasar frente al director del Instituto, revisaba nuestros trabajos, los corregía y todavía se responsabilizaba si algo no salía bien.

Pero como José no tenía más pretensión que la de aprender y compartir sus conocimientos, a pesar de haber sido él, como he dicho, nuestro *leader* natural, decidió que fuera yo la representante oficial de los becarios, título que, por supuesto, sólo revistió un carácter precisamente oficial.

Al tiempo que realizábamos nuestras respectivas tesis (José ya elaboraba la de Maestría) y colaborábamos con la citada Guía, participamos también en el *Seminario de Arte Colonial* de la Dra. Vargaslugo. Con ella iniciamos otra aventura de investigación: la vida y obra del pintor Juan Correa, que asimismo, con tropiezos y penas, ha dado lugar ya a publicaciones de gran importancia.

De esta manera, entre viajes, reuniones, comidas, pláticas y todo cuanto puede revestir la vida académica compartida, surgió una sincera amistad entre los cinco becarios, al grado de que nosotros mismos decidimos ponernos un nombre para acentuar el carácter y la cohesión del grupo: “los cinco latinos”.

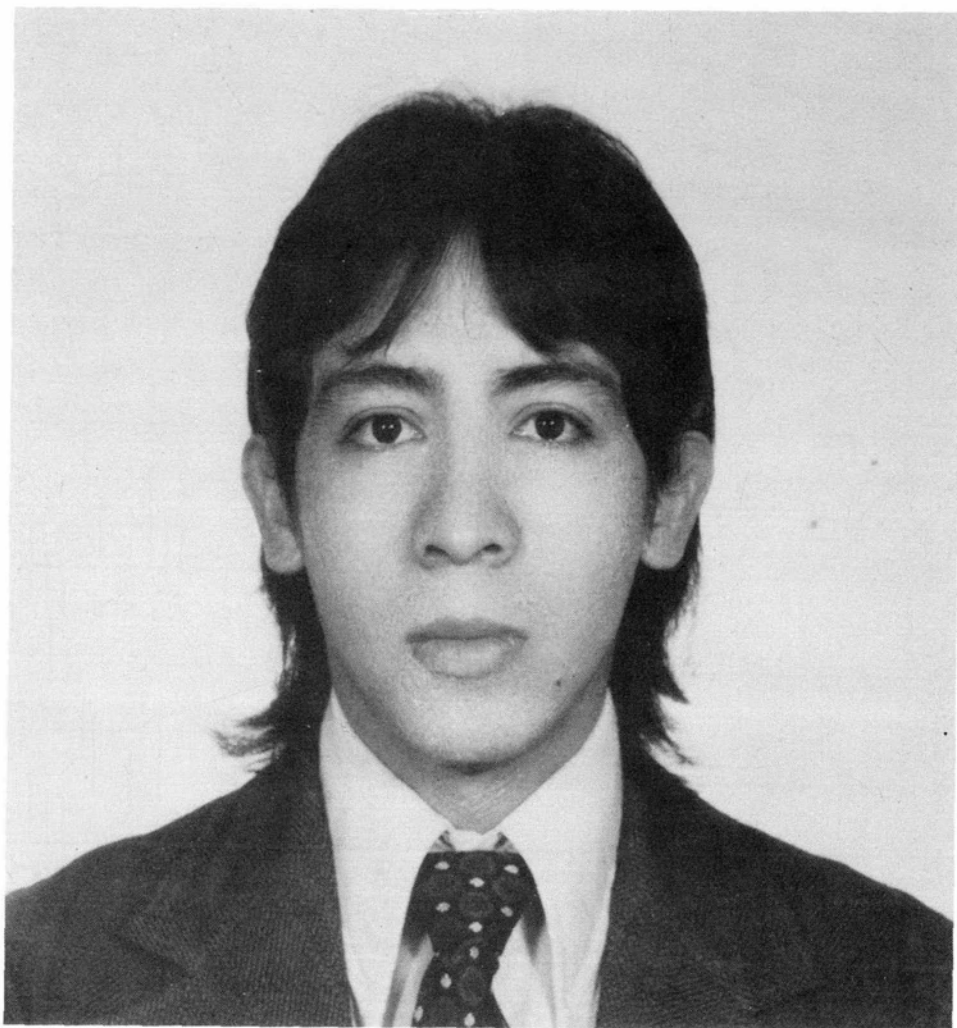
Gracias a esa amistad, no sólo fructificaron nuestros trabajos “en equipo” para la *Guía de la ciudad* y para el “Seminario de Juan Correa”, sino que también nuestras incipientes investigaciones: debo aquí recordar que también a José le debo la redacción de mi primer artículo formal especializado que titulé “Cristóbal de Medina Vargas y el acueducto de Santa Fe”, que me solicitó para un libro que preparó como homenaje a la Dra. Elisa Vargaslugo bajo el nombre de *Estudios acerca del arte novohispano*.

La vida nos llevó a cada uno de aquellos becarios por caminos diversos que hubimos de andar por separado, y tal vez las empinadas cuestas que hemos tenido que subir y la crueldad de muchas realidades inesperadas nos fueron alejando. Pero los recuerdos de aquellos años, cuando todavía éramos en cierta forma inconscientes y un “poquito” impertinentes, son imborrables, porque fueron, ni duda cabe, años altamente formativos en el terreno humano y académico.

Desde nuestra generación, no ha existido jamás en el Instituto un grupo tan homogéneo, solidario y unido de becarios como el nuestro, y en buena medida lo conseguimos alrededor de José. Por ello y por lo que significó en nuestra formación, valgan estas líneas como un reconocimiento a un antiguo compañero y amigo que un día llegara a ser doctor: José Guadalupe Victoria.

Descanse en paz

MARTHA FERNÁNDEZ



1 José Luis López Reyes.